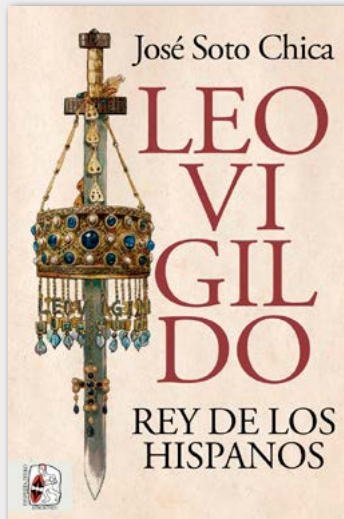


Leovigildo, juego de tronos en la Hispania visigoda

Una monumental biografía del señor de la guerra convertido en estadista, capaz de unificar una tierra sumida en la violencia y el caos pero incapaz de gobernar a su familia. El gran especialista en el mundo visigodo José Soto Chica nos muestra una época, el siglo VI, atravesada por conspiraciones, traiciones y asesinatos.



Leovigildo. Rey de los hispanos
978-84-127166-5-8
352 páginas + 16 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 24,95 €

Esta es la historia del hombre que, en su propio tiempo, mereció que se le diera el título de rey de los hispanos. Un hombre que fue señor de la guerra invencible, legislador sagaz, estadista genial... y padre fracasado. Cuando subió al disputado trono visigodo, Hispania era una tierra sumida en la violencia y el caos, fraccionada en múltiples señoríos y reinos, donde los godos, en verdad, no eran dueños sino de la tierra que sombreaban sus lanzas. Cuando murió, dejaba tras de sí un reino poderoso y bien gobernado, en el que godos e hispanorromanos se regían por una misma ley, y en el que su voluntad se había impuesto desde el Fines Terrae hasta el Ródano, y desde el Cantábrico hasta las proximidades de las Columnas de Hércules. Si Leovigildo hubiera sido rey en las contemporáneas Britania o Escandinavia, su vida hubiera sido leyenda. Pero fue rey en Hispania, y sus hechos son historia. Porque fueron historia, el gran rey se merece una biografía en la que se aborden no solo los hechos de su reinado, sino que también rescate su personalidad para tratar de comprenderlo no únicamente como guerrero y soberano, sino también como ser humano, con sus claroscuros, que en él fueron muchos. Y no solo a él, ni no también a su poderosa e intrigante esposa, Gosvinta, y a sus enfrentados hijos, Hermenegildo y Recaredo, que, junto a su padre y los demás señores del Occidente postromano, tejieron una roja red de conspiraciones y traiciones, de batallas y asesinatos, que desembocarían en una terrible tragedia familiar. Esta nueva biografía de Leovigildo del gran especialista en el mundo visigodo José Soto Chica nos asoma a lo más tenebroso del alma humana y al bélico estruendo de una Hispania peligrosa, a un agitado y hostil mundo en el que todos pugnaban por sobrevivir, pero en el que solo uno, Leovigildo, supo triunfar y persistir.

«El libro es veraz y estricto en el manejo de las fuentes, pero, lejos de incurrir en el frío mecanismo narrativo de las obras históricas, tiene el acierto de no rechazar los momentos líricos y heroicos».

Del prólogo de Luis Gonzaga Roger Castillo



José Soto Chica fue militar profesional. Es doctor en Historia Medieval por la Universidad de Granada, profesor contratado doctor e investigador del Centro de Estudios Bizantinos de Granada. Es autor de más de cincuenta artículos y capítulos de libro en obras especializadas y ha publicado seis libros de historia, entre los que destacan *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, *El águila y los cuervos. La caída del Imperio romano* y *Los visigodos. Hijos de un dios furioso*. También es autor de novela histórica y recibió el Premio Edhasa 2021 por *El dios que habita la espada*.

En librerías el jueves 2 de noviembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Una monumental biografía sobre Leovigildo, el monarca visigodo que unificó una Hispania sumida en la violencia y el caos para construir el reino más poderoso del Occidente europeo.

El épico relato de una época, el siglo VI, marcada por la inestabilidad política –conspiraciones, traiciones y trágicos asesinatos– y azotada por sequías extremas, plagas y hambrunas.

La historia de un reino pero también de una familia marcada por un terrible señor de la guerra que dominó la península ibérica pero fue incapaz de gobernar a los suyos.

Un libro que nos acerca a lo más tenebroso del alma humana y al bélico estruendo de una época peligrosa, a un agitado y hostil mundo en el que todos pugnaban por sobrevivir, pero en el que solo uno, Leovigildo, supo triunfar y persistir.

José Soto Chica es el mayor especialista en Tardoantigüedad que tenemos en España, como ha demostrado en *Imperios y bárbaros*, *Los visigodos* y *El águila y los cuervos*.

DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE LA OBRA DE JOSÉ SOTO CHICA

Los visigodos. Hijos de un dios furioso

«Un libro vibrante, plagado de detalles y eruditas reflexiones, que evidencia una historia mucho más enrevesada, llena de matices, sobre la forja de ese Reino de Toledo y su punto álgido de esplendor entre los siglos VI y VII».

David Barreira, *El Español*

«Un relato apasionante, sorprendente, de un pueblo fundador de algo distinto, aunque ya no se estudie en los colegios, pero que José Soto Chica recupera de las brumas de la historia y que deja al lector directamente adherido a las páginas de este gran ensayo».

Vicente G. Olaya, *Babelia*

«La historia de los godos es la de un pueblo mestizo, inmigrante, muy moderno, pero además es una aventura apasionante. Llena de dramas y de cimas culturales. ¿Quién sabe que aquí se escribió una enciclopedia, mil años antes que los enciclopedistas franceses, en veinte libros que abarcaba todos los saberes conocidos?».

César Cervera, *ABC*

«Una Hispania visigoda luminosa e influyente. Un faro para la Europa de la época, comparable con Constantinopla y con reyes poetas y cultos, los verdaderos defensores del legado de Roma en Occidente.»

David Yagüe, *20 Minutos*

El águila y los cuervos. La caída del Imperio romano

«Una novedosa, provocadora, valiente y extraordinariamente narrada historia de la caída del Imperio romano».

David Barreira, *El Español*

«El colapso del Occidente romano es un misterio historiográfico del que se debate desde hace siglos [...] Sin embargo, ninguna de estas explicaciones ha dado respuesta completa a la pregunta de que, más allá de los problemas estructurales, cómo pudo un imperio tan poderoso, y en apariencia tan sólido, venirse por completo abajo en apenas setenta años».

César Cervera, *ABC*

«Un revolucionario ensayo sobre el declive y la desaparición del Imperio romano que aporta una renovada mirada y una profunda reflexión sobre las verdaderas causas que condujeron a su final».

Javier Ors, *La Razón*

«La historia está llena de lecciones y claves para comprender el presente. El imperio romano es un espejo en el que nos miramos en todo momento y es donde hay que remitirse para comprender».

Rafael Ordóñez, *El Independiente*

«Soto Chica redescubre una visión novedosa de aquel proceso y extrae nuevas conclusiones de una modernidad rabiosa».

Jorge París, *20 minutos*

SUMARIO

Leovigildo explicado por José Soto Chica

EN POCAS PALABRAS

Esta es la historia del hombre que, en su propio tiempo, mereció que se le diera el título de rey de los hispanos. Fue un señor de la guerra invencible, un legislador sagaz, un estadista genial y un padre fracasado. Cuando subió al trono, Hispania era una tierra de guerra y caos, fraccionada en múltiples señoríos y reinos, en donde los godos, en verdad, solo eran dueños de la tierra que sombreaban sus lanzas; cuando murió, dejaba tras de sí un reino poderoso y bien gobernado, en el que godos e hispanorromanos se regían por una misma ley y en el que su voluntad se había impuesto desde el Fines Terrae de los antiguos, hasta el río Ródano, y desde el mar Cantábrico hasta las proximidades del estrecho de Gibraltar.

Si Leovigildo hubiera sido rey en las contemporáneas Britania o Escandinavia, su vida hubiera sido leyenda. Pero fue rey en Hispania y sus hechos son historia. Y porque fueron historia, el gran rey se merece una biografía en la que se aborden no solo las gestas y hechos de su reinado, sino en donde también se rescate su personalidad para tratar de comprenderlo no solo como guerrero y soberano, sino también como ser humano.

Y no solo a él, sino también a su poderosa e intrigante esposa, la reina Gosvinta y a sus enfrentados hijos, Hermenegildo y Recaredo que junto a su padre, y con los demás señores del Occidente postromano, conformaron una sangrienta red de conspiraciones y traiciones, de batallas y asesinatos que desembocarían en

una tragedia familiar sin parangón en la historia de Spania.

Y es que la biografía de Leovigildo no solo nos permite asomarnos a lo más tenebroso del alma humana y al bélico estruendo de una Hispania peligrosa, sino también a un agitado y hostil mundo en el que todos pugnaban por sobrevivir, pero en el que solo uno, Leovigildo, supo triunfar y persistir.

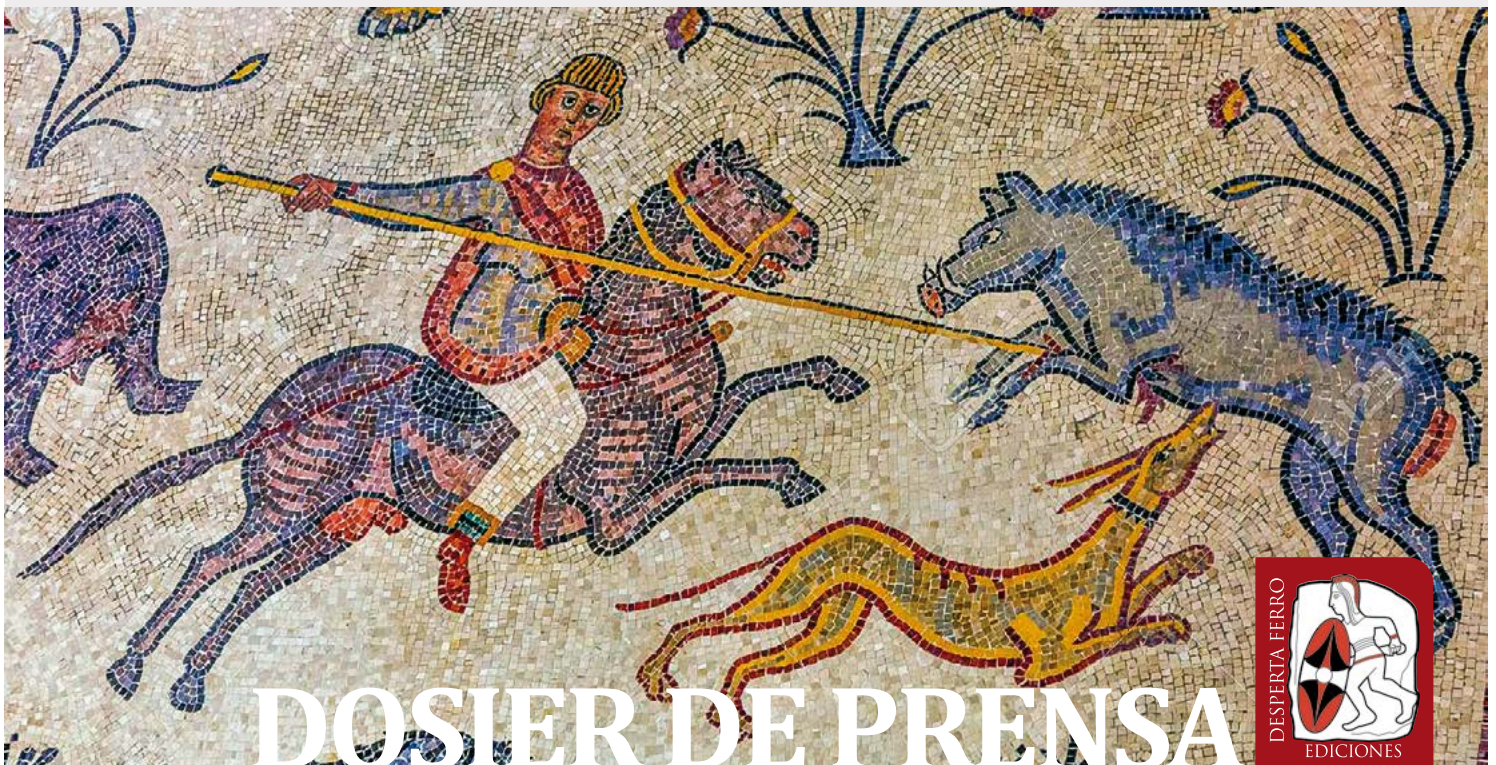
En suma, la primera biografía total del rey que transformó Hispania en un reino y cuya voluntad cambió para siempre la historia de la península ibérica y el Mediterráneo occidental. Una cuidada recreación de un mundo y una época en donde se combinan el erudito conocimiento de las fuentes del periodo con los datos provenientes de los últimos y más punteros trabajos de investigación.

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

Un capítulo introductorio permite glosar la figura del gran rey y señalar como en su propio tiempo fue objeto de apasionados y contradictorios juicios: ¿Rey conquistador y heroico, fundador de un poderoso reino o monarca malvado, sediento de sangre y poseído por el maligno hasta el punto de dar muerte a su propio hijo?

La introducción permite también constatar un hecho singular: para los pueblos vecinos, francos y longobardos, Leovigildo fue, ante todo, el rey de los hispanos y el rey de Hispania. Un hombre peligroso que no se detenía ante nada para lograr sus objetivos políticos.

Un jinete alancea con una pica de caballería (*contus*) a un jabalí, auxiliado por un perro de caza, en este detalle de los mosaicos de la iglesia de Moisés del monte Nebo (Jordania), ca. fin s. VI. Los visigodos trajeron consigo a la Península una magnífica caballería de choque, heredera de las tácticas de los sármatas de las estepas pónticas, que dieron nombre al arma predilecta de la misma: el *contus sarmaticus*. © Billperry.



DOSIER DE PRENSA

Pero junto a todos esos juicios, se alzan otros que presentan a Leovigildo como un hombre tolerante, como un legislador que seguía la estela de Roma, como un administrador sagaz... La pregunta se impone: ¿Quién fue realmente Leovigildo? El libro invita al lector a adentrarse en un minucioso estudio de las fuentes para rescatar al verdadero Leovigildo y para recrear su época y su mundo para así darle su real contexto y poder comprenderlo y comprender también cómo fue posible que un rey de los godos terminara siendo percibido como el rey de los hispanos.

El capítulo primero, “Nacido a la sombra de los jinetes del apocalipsis”, muestra las condiciones extremas del periodo en que nació y vivió Leovigildo, aproximadamente entre 536 y 586. Un periodo marcado por desastres climáticos como el del “Gran velo de polvo” que entre 536 y 538, ambos inclusive, sepultó al hemisferio norte del planeta bajo una nube de polvo que provocó un invierno volcánico que sometió a los contemporáneos del recién naci-

do Leovigildo a tres años de espantosas hambrunas. Terminado el largo invierno de tres años, sobrevino en 541 la peor pandemia conocida por el mundo: la “peste de Justiniano”, la primera aparición de la peste bubónica que mató en pocos años a un tercio de la población y que, a lo largo de la vida de Leovigildo, rebrotó varias veces sembrando la desolación. También regresaría el hambre, pues una severa sequía y fuertes desarreglos climáticos, provocaron el colapso de la agricultura entre 579 y 584. Si a todo ello sumamos el continuo estado de guerra en el que vivieron Leovigildo y los hispanos del periodo, la imagen de los jinetes del apocalipsis abandona la metáfora para transformarse en descarnada realidad. Una realidad que vio nacer, crecer y reinar a Leovigildo y que, necesariamente, condicionó su carácter, su vida y su reinado: fue un superviviente y un depredador. Un hombre que aspiraba a sortear el desastre y que por encima de todo tenía un sueño: crear un reino que ofreciera a los suyos lo que no tenían, seguridad. Para



Arco interior de la basílica de Recópolis o Ciudad de Recaredo, fundada en 578 sobre un cerro dentro del actual término municipal de Zorita de los Canes (Guadalajara). Esta iglesia de carácter palatino tenía una planta cruciforme y, originalmente, fue objeto de una profusa decoración. © Borjaanimal.

un niño que en su infancia contempló a las columnas de refugiados godos huyendo de los francos, devolver la fuerza a su pueblo no era una cuestión de esplendor y gloria, sino de mera supervivencia. Quizá ello explique por qué Leovigildo estuvo siempre sobre un caballo y esgrimiendo la espada.

El capítulo se interroga también sobre los orígenes de Leovigildo, arroja luz sobre su familia y sobre su acceso al trono y traza un rápido cuadro de la historia de los godos en la primera mitad del siglo VI.

El capítulo segundo, “Cinco reyes y una reina”, nos coloca ante la poderosa figura femenina que acompañó y, a menudo, se confrontó políticamente con Leovigildo: su esposa y reina, Gosvinta. Una mujer ambiciosa, poderosa e implacable y por tanto, muy parecida a Leovigildo. ¿Hubo amor entre ellos? ¿Fue tan tormentosa su relación como parecen sugerir las fuentes? Gosvinta, esposa de dos reyes, Atanagildo y Leovigildo, madre y abuela de reinas, como la poderosa Brunequilda o la desdichada Ingunda, fue la mujer más sobresaliente del Occidente de su tiempo y para comprender el reinado y la tragedia de Leovigildo se debe tener siempre presente a su reina y evaluar correctamente su figura. Una figura que, dado que los hijos de Leovigildo eran huérfanos, se transformó también en madrastra para Hermenegildo y Recaredo. ¿Cómo fue la relación entre la reina y sus hijastros? ¿Hasta qué punto alentó Gosvinta a Hermenegildo a sublevarse contra su padre? Un hombre y una mujer que no consentían oposición y que, sin embargo, se vieron obligados a reinar juntos. Una relación explosiva; una familia donde la tragedia estaba servida y cuyas complicadas relaciones condicionaron la historia de Hispania.

El capítulo tercero, “Un mundo peligroso”, nos ofrece una panorámica del mundo de Leovigildo desde Constantinopla a la Francia merovingia. Ese “paisaje de reinos e imperios” nos permite comprender y contextualizar las acciones de Leovigildo. Y así, por ejemplo, entenderemos que las primeras campañas del rey de los hispanos, lanzadas contra los bizantinos asentados en Hispania y contra los Estados indígenas que protegían sus fronteras, Corduba y Oróspeda, fueron posibles gracias a la locura de un emperador Justino II y a las victorias de un rey moro: Garmul de Altaba.

Y es que Leovigildo siempre estuvo al tanto de la escena internacional de su tiempo y siempre supo aprovechar el más mínimo resquicio y la más pequeña oportunidad para acrecentar su poder y avanzar en la construcción de su sueño: la unificación bajo su poder de los territorios de Hispania y para ello debía de tener siempre presentes a sus vecinos y rivales: bizantinos, francos y suevos.

El capítulo 4, “El rayo que galopa”, analiza las primeras cuatro campañas de Leovigildo, entre 570-573. Tras lograr imponerse en Toledo a los partidarios de su esposa y sobrevivir a las conjuras de una nobleza acostumbrada a revolverse contra sus reyes, Leovigildo emprendería una serie de exitosas guerras cuyo primer objetivo sería dotarse de fama guerrera y botín con los que consolidar su propio poder y atraerse la indiscutible adhesión de los guerreros.

Aprovechando las guerras que el Imperio sostenía por doquier –en Italia contra los longobardos, en el Danubio contra los ávaros y en África contra los moros de Altava–, Leovigildo atacaría la provincia bizantina de Spania desarrollando una atrevida cabalgada con la que pasaría a fuego y espada buena parte del territorio imperial. Esta primera campaña del rey de los hispanos, lo mostró como a un jefe guerrero audaz, implacable y astuto. Sus fuerzas eran aún pequeñas, unos centenares de jinetes, y por tanto, sus bazas eran la rapidez, la dureza y la sorpresa. Esas y el engaño y la traición: gracias a la traición de un oficial enemigo tomaría en 571 la plaza fuerte bizantina de Medina Sidonia y gracias a la sorpresa, en un golpe de mano nocturno, conquistaría la independiente Córdoba, cuyo extenso territorio devastaría sin piedad para someterlo.

Las victorias sobre romanos y cordubenses le permitieron acrecentar fama y recursos y con ellos se apoderó de Sabaria, otro misterioso Estado indígena ubicado en este caso en la frontera con los suevos. La gloria militar le permitió anexionarse sin problemas la parte del reino que gobernaba su hermano, Liuva I, la Narbonense y nombrar a sus hijos adolescentes, Hermenegildo y Recaredo, como corregentes y herederos.

Para 573, tan solo a cuatro años de subir al trono, Leovigildo había pasado de ser un rey sin poder y presto a ser asesinado o depuesto, a convertirse en un poderoso señor de la guerra capaz de conquistar extensos territorios y amenazar severamente a todos los Estados vecinos.

El quinto capítulo, “La vengadora espada”, analiza y narra las campañas que Leovigildo sostuvo entre 574 y 577. Campañas que vuelven a mostrarlo como un jefe guerrero de incontenible audacia. Un maestro del golpe de mano y del engaño que fue capaz de someter el extenso señorío nobiliario de Cantabria, apoderarse en una atrevida incursión del arriscado dominio del señor de los montes Aregenses, acogotar y someter a vasallaje a los suevos y conquistar la Oróspeda: una confederación de ciudades y señoríos que se extendía por el alto valle del Guadalquivir y las tierras vecinas.

Hebilla de cinturón visigoda, datada hacia los siglos VI-VII, correspondiente a la tipología de hebilla ovalada articulada a una placa rectangular o tipo II. Viene decorada mediante la técnica del *cloisonné* mediante esmalte de vidrio y piedras preciosas. © Ángel M. Felicísimo.



Leovigildo aparece ya como el instrumento de la ira divina y sobre todo, como un rey unificador que restablece el orgullo y el poder de los godos pero dándoles una nueva dimensión e identidad.

El capítulo sexto, “El dragón en el trono”, nos permite adentrarnos en las relaciones de Leovigildo con su familia, con su esposa e hijos y en su difícil relación con la iglesia nicena/católica. Pero ante todo, nos permite verlo como hombre de Estado. Como monarca que aspira a recrear a Roma y Constantinopla en Toledo y en Hispania; como soberano que dota a la monarquía visigoda de los atributos de poder romanos y levanta una administración, una legislación, una fiscalidad, una corte... que dotan al reino visigodo de Toledo de una estructura y complejidad únicas en el occidente europeo del momento.

Aclamado por sus tropas, temido a la par que cortejado por la Iglesia católica, Leovigildo no solo es capaz de ser un aventurado e implacable señor de la guerra, sino también un centrado gobernante capaz de crear y gobernar un poderoso reino, Hispania, en donde poder dar curso a sus sueños de seguridad y unidad y en donde dar también campo a su más íntima cualidad, la ambición desmedida de poder.

En el invierno de 577-578 los sueños y ambiciones de Leovigildo, tras ocho años de ininterrumpidas campañas militares, parecían tornarse realidad. Pero si Leovigildo era invencible como guerrero y capaz como gobernante, fue un fracaso como padre y eso, paradójicamente, sembró la semilla del mal que casi trajo su destrucción y la de su obra política: la guerra civil. Una guerra civil superlativa, pues enfrentó a un padre con su hijo, a la par que dividió al reino y concitó la intervención de los demás poderes del Mediterráneo.

El capítulo ofrece también un estudio sobre la situación de Hispania en tiempos de Leovigildo: su economía, su sociedad, sus ciudades... y pone el dedo sobre dos cuestiones ignoradas, el trasvase brutal de riqueza puesto en marcha por las campañas de Leovigildo y la integración por la fuerza de las dos élites rectoras, la vieja nobleza hispanorromana y la aristocracia goda, en una nueva clase dirigente que consolidaría el nuevo reino y que sería puesta a su servicio por Leovigildo.

El capítulo séptimo, “Tyranus”, nos lleva desde el apogeo del reinado de Leovigildo explicitado en un hecho único en el Occidente de la época: la fundación

de una nueva ciudad, Recópolis, al abismo personal y político que supuso para él la traición de su hijo primogénito, Hermenegildo y la compleja guerra civil que desencadenó.

Recópolis, la primera ciudad que se fundaba en Hispania en quinientos años, fue más que una creación urbanística sin igual en el occidente europeo, fue un símbolo de las aspiraciones y ambiciones de Leovigildo y una proyección, también, de su incapacidad como padre. Sus hijos, enfrentados entre sí y envueltos en la rivalidad sorda y terrible que este y su madrastra sostenían sin descanso, pugnaban por alzarse el uno sobre el otro sin que Leovigildo fuera capaz de advertir como su familia y su reino se dividían y enfrentaban. Las querellas religiosas y los intereses de los reinos francos, del reino suevo y del Imperio también entraron en juego y precipitaron a Hispania a la más terrible guerra civil.

El capítulo explica los orígenes y primeros pasos de la rebelión de Hermenegildo y pone al descubierto la participación en ella de Gosvinta y la intromisión de francos, suevos y bizantinos. Pero también evidencia un padre desolado, paralizado ante algo que no creía posible: la traición de su propio hijo.

En fin, también explica la difícil relación entre Hermenegildo y Recaredo, dos hermanos paradójicamente ensalzados por la tradición posterior y tildados de santos, pero que, al igual que su padre, se veían atezados por una imparable ambición que los llevó a tratar de eliminarse mutuamente.

El capítulo octavo, “El juicio de la lanza”, analiza los enrevesados y decisivos entresijos familiares, políticos e internacionales de la guerra civil que desgarró a Hispania entre 579 y 584 y narra las campañas de Leovigildo contra su hijo Hermenegildo. Es pues la historia de una guerra civil, pero también del castigo que un padre hace caer sobre un hijo que busca su muerte, a la par que privarle del reino. Entre las conjuras internacionales y los campos de batalla, entre las tormentosas relaciones de un padre con sus hijos, de unos hermanos entre sí y de una esposa que, en la sombra, teje sus propias ambiciones y busca la ruina para su marido, el capítulo desgrana los años más terribles y complicados del reinado y la vida de Leovigildo.



Par de fíbulas aquiliformes encontradas en Tierra de Barros (Badajoz), primer tercio s. VI, elaboradas en bronce sobredorado, engastadas con amatistas y vidrio mediante la técnica del alveolado, tabicado o *cloisonné*. Este tipo de piezas servían para sujetar una prenda femenina frente a los hombros. Algunos especialistas han propuesto que, en realidad, sean cuervos, acaso representación de Hugin y Munin, aves vinculadas al dios germánico Odín y, por tanto, sendas reminiscencias paganas. The Walters Art Museum, Baltimore.

El capítulo noveno, “A golpes de hacha”, muestra a un Leovigildo que, contra todo y contra todos, logra imponerse a su hijo mayor en la tremenda guerra civil. Un padre al que pronto se acusará de haber ordenado la muerte de su vástago. ¿Fue así realmente? ¿En qué circunstancias se ordenó la ejecución de Hermenegildo? ¿Qué papel jugó en el drama su hermano Recaredo? La tragedia rompe el alma del rey de los hispanos y se ve expuesto en la más negra de las decisiones que un padre puede tomar: decidir cuál de sus dos hijos sobrevivirá.

Pero junto con este viaje a lo más profundo y oscuro de la mente y el corazón de Leovigildo, analizamos el imparable despliegue de poder del reino visigodo en 585: peleando a la par contra suevos y francos, y venciendo a ambos. Es el cénit de un reinado que corona sus esfuerzos con la anexión del reino suevo y la obtención de resonantes victorias sobre sus más terribles enemigos: los francos.

Y en el cénit, la muerte. En 586, Leovigildo, un hombre agotado, un rey triunfante, un monarca invencible, un padre fracasado, muere legando a su hijo menor,

Recaredo, un reino fuerte y las bases para convertirse en lo que él no pudo permitirse ser: un hombre bueno.

En **“Epílogo triunfal para un rey muerto”** evaluamos los primeros años de Recaredo en el trono y valoramos por qué fue necesario un hombre como Leovigildo para que su sucesor, su hijo Recaredo, culminara su obra y sueño: la unificación de hispanorromanos, godos y suevos en un único reino.

Recaredo, un hombre muy diferente a su padre, tendrá que hacer frente a su peligrosa madrastra y a la no menos peligrosa nobleza visigoda alentada por la iglesia arriana, pero al cabo, se impondrá y obtendrá sobre los francos la más grande victoria; logrará la unificación religiosa de su pueblo y podrá permitirse hacer algo inusual: casarse con la mujer que amaba. Baddo, una reina de origen servil que será la primera mujer hispana en estampar su firma en un documento de Estado.

La historia de Recaredo es pues la de un hijo que recoge los frutos de su padre. Un padre, un rey, que colocó los cimientos de un reino al que todos conocían ya en su tiempo como Hispania y que para hacerlo, solo pudo transformarse en una cosa: en un ser implacable.



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **José Soto Chica**, exmilitar profesional, escritor y doctor en Historia Medieval. Su carrera en el ejército se vio truncada por un accidente con explosivos le costó una pierna y lo dejó ciego, pero esto le llevó a reencauzar su vida hacia su verdadera pasión, la historia.

¿Por qué Leovigildo?

Porque en una época en donde el poder y el éxito parecen justificarlo todo, la historia vital de Leovigildo nos enseña que se puede triunfar como político, como guerrero, como rey... y a la par, paradójicamente, fracasar; desoladoramente, como padre, como esposo, como ser humano. En suma, la biografía de Leovigildo no solo es un vehículo para conocer mucho mejor una etapa fundamental de nuestra historia, sino también una forma de viajar a lo más íntimo del alma humana.

¿Por qué, hoy, un libro sobre este personaje?

Porque la Hispania visigoda es uno de los manantiales de nuestra historia como país e Hispania, así, con mayúsculas y como entidad política independiente y con personalidad propia, surge y se convierte en potencia, con Leovigildo.

¿Qué lecciones sobre la vida de Leovigildo podemos aplicar a nuestro presente?

Leovigildo es un superviviente y también lo que hoy llamaríamos un "hombre de éxito". Como guerrero, como

político, como rey, es un triunfador y pocos hombres en nuestra historia pueden presentar logros tan importantes como los suyos y sin embargo, como padre, como esposo, como ser humano en definitiva, es un hombre fracasado. Su vida nos ofrece una reflexión inquietante que nos obliga a replantear cuáles deberían ser nuestras prioridades. Y, sin embargo, Leovigildo nos ofrece otra reflexión: la de un hombre que lo sacrifica todo, incluso su alma, para lograr un sueño: ofrecer a los que vinieron después de él un mundo más seguro y, probablemente, un poco más humano.

¿Si tuvieras que comparar a Leovigildo con un personaje de actualidad, cuál sería?

La de Leovigildo fue una época de gigantes, la nuestra es de enanos. No creo que hoy se le pueda comparar con nadie. Miro a nuestros gobernantes y solo veo pequeñez y estrechez de miras. Leovigildo es un estadista contra toda esperanza, un señor de la guerra, un legislador que mira al futuro. Hoy día asistimos a la ambición sin destino, a la cobardía moral, a las leyes sin más propósito que dejar atrás un nuevo día... Nuestra época es, objetivamente, mucho mejor que la de Leovigildo; nuestra existencia es incomparablemente más fácil y agradable, vivimos más y mejor y, sin embargo, nuestros dirigentes son más mediocres que nunca. Quizá en todo eso tengamos un misterio sobre el que reflexionar. En todo caso, nuestra época es de

«La historia vital de Leovigildo nos enseña que se puede triunfar como político, como guerrero, como rey... Y a la par, paradójicamente, fracasar, desoladoramente, como padre, como esposo, como ser humano».

Hermenegildo, y algún que otro Recaredo y de ningún Leovigildo.

¿Qué paralelismos detectas entre la época de Leovigildo el mundo de hoy?

El mundo de Leovigildo y el nuestro son igualmente peligrosos. La diferencia está en que entonces enfrentaban los peligros, ahora tendemos a negarlos.

¿Fue Leovigildo el primer rey de España?

Bueno, yo diría más bien que fue el primer rey de los hispanos y, en consecuencia, de Hispania. Hispania y España son dos realidades distintas, pero íntimamente relacionadas entre sí: la primera, Hispania, precede, configura y determina a la segunda. Pero esta última, la España actual, es algo muy diferente, pero que es imposible entender sin la primera. Dicho de otro modo: Leovigildo es un personaje vital para poder entender la historia de Hispania y por ende, nuestra historia.

Este es su cuarto libro con Desperta Ferro Ediciones. ¿Qué tiene de diferente?

Es un libro que no solo me ha exigido un conocimiento erudito de la época y de un personaje, sino empatizar por completo con ese personaje, con su mundo y con sus contemporáneos. Es un viaje en primera persona a la segunda mitad del siglo VI, a la par que a un sombrío *El corazón de las tinieblas* visigodo. Y es así porque yo no solo quería hacer una biografía total y definitiva de Leovigildo, sino comprenderlo y mostrarlo no solo como rey y guerrero, sino también como ser humano.

El libro tiene a veces un tono épico y ciertamente se destaca en él la vívida reconstrucción de las campañas militares, de las conjuras políticas, de los enfrentamientos entre facciones... Pero también de la vida cotidiana o de las ciudades, entre otros aspectos. ¿Cómo ha logrado el equilibrio entre lo académico y lo literario?

Yo siempre digo que la historia es vida y que la vida es, necesariamente, interesante. Si un historiador no logra sumergir en una época al lector es porque se ha olvidado de una de sus facetas y obligaciones fundamentales: saber contar la historia. Además, la vida de

Leovigildo es apasionante y épica. Ningún otro rey de nuestra historia guerreó tanto, logró tantas victorias, se enfrentó a tantas decepciones y desafíos... La vida de Leovigildo es la vida de un superviviente nato y de un feroz guerrero. Si hubiera vivido en la Escandinavia o en las islas británicas del periodo su vida hubiera sido leyenda, pero vivió en Hispania y por eso su vida fue historia. Una historia épica y por eso, porque no podía traicionar un elemento fundamental de su biografía y de su época, el libro lo refleja y se transforma no solo en un minucioso estudio historiográfico, sino también en una lectura que atrapa y emociona.

Conjuras, traiciones, asesinatos, batallas... Leovigildo es casi como un Juego de tronos.

Y sin el "casi". Leovigildo, Gosvinta, Brunequilda, Recaredo, Hermenegildo, Chilperico... dejarían a la altura del betún a Cersei Lannister, a Tyrion o a Jon Nieve. El tiempo y la vida de Leovigildo es uno de los más apasionantes y desconocidos de nuestra historia. Su reinado, además, puso a Hispania en el corazón de tremendas ambiciones y tensiones internacionales: el reino visigodo de Toledo, el Imperio romano de Oriente, los reinos francos, el reino suevo... Todos interactuaban entre sí, combatían, se aliaban y se traicionaban. ¿El resultado? Un complejo tapiz en donde el combate más salvaje, el heroísmo, la ambición y el engaño se amalgamaban y confundían de continuo.

¿Fue un rey implacable?

De Leovigildo escribió un autor coetáneo que no dejó vivo a ningún enemigo con edad para mear en la pared. No creo que haya existido un rey o gobernante más implacable que Leovigildo.

¿Fue Leovigildo un buen gobernante?

Sí, porque nunca traicionó su sueño, que era crear un poderoso reino que rigiera Hispania y transformarlo en una nueva Roma/Constantinopla. Fue un líder militar invencible, un legislador sagaz y rompedor que estableció una ley que regía por igual a godos e hispanorromanos, colocó las bases de una administración, una fiscalidad, un gobierno potente y bien engrasado, dotó a la monarquía de símbolos y gloria que imitaban

«El tiempo y la vida de Leovigildo es uno de los más apasionantes y desconocidos de nuestra historia. Su reinado, además, puso a Hispania en el corazón de tremendas ambiciones y tensiones internacionales».



y revivían el legado de la vieja Roma y el ejemplo de la nueva, aseguró a su pueblo cierto orden y lo protegió. Lograr eso en una época marcada por una crisis climática, por una pandemia pavorosa y por un estado de guerra casi permanente, es un logro titánico y configura a Leovigildo como uno de los más exitosos monarcas de nuestra historia.

¿Es en esa línea de monarca de éxito donde deberíamos de colocar la fundación de Recópolis?

En efecto. Leovigildo fundó Recópolis en un momento que creía que era la coronación de sus esfuerzos y victorias. Era algo excepcional, puesto que en el solar de la península ibérica no se había fundado una ciudad desde hacía quinientos años. Leovigildo fundó Recópolis y más tarde, una segunda ciudad: Victoriaco. Pero Recópolis fue una ciudad que expresaba el nuevo poder y esplendor del reino. De su reino: Hispania. No hay nada semejante en el Occidente del momento.

¿Y a qué fracasos te referías antes?

Leovigildo fracasó como padre. Y como político no supo reaccionar a tiempo ante la sublevación de su hijo. Que un hombre tan audaz, tan guerrero como Leovigildo quedara paralizado ante la rebelión de su primogénito

Cuerpo central de la archiconocida corona votiva de Recesvinto (*reg.* 653-672), del siglo VII, soberbio ejemplo de la orfebrería visigoda, elaborada en oro y piedras preciosas, encontrada junto con otras tantas piezas, en el tesoro de Guarrazar (Toledo). Esta corona fue donada por el mencionado soberano siguiendo una tradición que se remonta a los emperadores romanos de Oriente, probablemente introducida en la península ibérica por Leovigildo. © Manuel.

«Este libro combina los datos aportados por las últimas y más punteras investigaciones, con un exhaustivo conocimiento de las fuentes de la época y con una narrativa emocionante y épica».

y no reaccionara ante la secesión de buena parte de su reino lo presenta como ser humano: no dejaba de ser un padre destrozado ante la traición de su propia sangre. Eso fue su mayor fracaso, que llevó al reino a una sangrienta guerra civil de cinco años.

¿Y las mujeres, qué papel desempeñaron en esta trama?

Uno fundamental. Pocas épocas de nuestra historia contaron con mujeres tan poderosas: Gosvinta, Brunquilda, Baddo o Ingunda, entre otras. Gosvinta fue la esposa de dos reyes, Atanagildo y Leovigildo, y fue un factor político clave no solo en el reino visigodo, sino en el gran juego que se desarrollaba en todo el Mediterráneo. Brunquilda, su hija, “asesina de diez reyes” según un cronista de la época, fue una mujer con una vida de aventura y poder que roba el aliento. Baddo, la esposa de Recaredo, es una mujer que sale de lo más bajo de la sociedad de su tiempo y llega al trono... En fin, mujeres potentes, poderosas que, con su biografía, desafían lo que se supone que fue la mujer en esta época.

¿Qué destacaría de su biografía de Leovigildo?

Este libro combina los datos aportados por las últimas y más punteras investigaciones, con un exhaustivo conocimiento de las fuentes de la época y con una narrativa emocionante y épica que hace justicia a la vida de un gran rey.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

JOSÉ SOTO CHICA, POR PEPE SOTO CHICA

Nací en Santa Fe, Granada, en 1971. Desde pequeño fui un lector compulsivo de historia (mi primer libro, a los siete años, fue la *Anábasis* de Jenofonte). En 1992-1993 realicé mi servicio militar en el Regimiento Saboya N.º 6, Brigada Mecanizada N.º XI. El ejército me atrapó y en 1994 me alisté como soldado profesional, tras pasar por Alicante, me destinaron al Regimiento Córdoba N.º 10, Brigada Mecanizada N.º X. En enero de 1995 fui destinado a la Misión de Paz de la ONU, UMPROFOR, en Bosnia Herzegovina. El conflicto bélico estaba en su punto álgido y permanecí en Bosnia hasta finales de abril de ese año, realizando misiones de protección y escolta en destinos como Medjugorje, Mostar, Jablanica, Metkovic, Chaplina, etc. Recibí la Medalla al Servicio por la Paz de la ONU. En enero de 1996 y en el marco de unas maniobras con explosivos llevadas a cabo en el campo de maniobras de mi base, Cerro Muriano, sufrí un accidente con una mina que me dejó ciego y en el que perdí la pierna izquierda. Durante catorce días estuve entre la vida y la muerte y tras despertar en el hospital, mi recuperación fue rápida. En 1997, con 26 años de edad, comencé a cursar la licenciatura de historia en la Universidad de Granada. Tras una buena carrera –menos cuatro sobresalientes y dos notables, el resto fueron matrículas de honor– cursé el DEA, obtuve una beca de formación de doctores de la Junta de Andalucía y comencé mi tesis doctoral: *Bizantinos, sasánidas y musulmanes. El fin del mundo antiguo y el inicio de la Edad Media en Oriente. 565-642*, que defendí en marzo de 2010 obteniendo la máxima calificación.

Cómo trabaja un historiador ciego

La informática para ciegos ha dado un gran salto en los últimos años. Un ordenador normal y corriente pero con el programa Jaws permite al ciego escribir, leer, navegar por Internet, usar el correo, etc. Jaws describe con voz lo que el usuario normal vería en pantalla: iconos, enlaces, texto, etc. Un escaner portátil conectado al ordenador permite leer sin problemas. Basta con escanear el documento que se quiere leer: libro, revista, periódico, etc. para que Jaws lo lea. Además el documento se archiva en distintos formatos y así puede volver a consultarse o trabajar sobre él sin problemas y sin tener que volver a escanearlo. En cuanto a mi trabajo de investigación, en primer lugar y durante años he ido acumulando, escaneando, cientos de fuentes y bibliografía que me sirven de base de partida. Las fuentes, herramientas fundamentales, no solo están ya archivadas en mi ordenador; sino que en cierta medida se han transformado en bases de datos sobre las que ya es fácil operar con parámetros de búsqueda. Internet el gran amigo de los ciegos: buena parte de las grandes bibliotecas del mundo han digitalizado sus fondos y los han hecho accesibles para personas ciegas. Ello facilita mucho la labor de investigación que, en esencia, es similar a la de cualquier otro. En el caso de las imágenes, monedas, sellos, esculturas, mosaicos, etc. recorro a descripciones de análisis de especialistas y a mis “ojos suplentes”: familiares, amigos, compañeros de mi centro de investigación... que me describen lo que ven y a partir de ahí tomo notas. Téngase en cuenta que me quedé ciego con 24 años y eso lo cambia todo. Mi cerebro sigue viendo y además, al ser un apasionado de la historia, del arte y de la geografía, buena parte de lo que me describen, o bien lo he visto y se trata de refrescar detalles, o bien puedo evocar equivalentes cercanos y componer una imagen bastante aproximada. En una biblioteca, con mi ordenador y un escaner; no creo que hoy exista una diferencia significativa entre mi labor y la de un investigador en plena posesión de sus sentidos físicos.

Curriculum de José Soto Chica

José Soto Chica es doctor en Historia Medieval por la Universidad de Granada. Posee la acreditación de profesor contratado doctor y es investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada. En su faceta como historiador ha publicado *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica. 565-642*, *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes*, *La didascalia de Jacob* y, ya bajo el sello de Desperta Ferro Ediciones, *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, *Los visigodos. Hijos de un dios furioso* y *El águila y los cuervos*. Pero además, también tiene en su haber las novelas históricas *Tiempo de leones*, *Los caballeros del estandarte sagrado*, *El dios que habita la espada* (Edhasa - Premio Narrativa Histórica 2021) y *Bajo el fuego y la sal*.

Es así mismo autor de más de cuarenta artículos científicos y capítulos de libro en obras especializadas. Ha publicado también artículos de divulgación histórica en revistas como *Desperta Ferro Antigua y Medieval* o *Arqueología e Historia*. También es autor de relatos cortos, poemas y artículos de opinión. Soldado profesional, sirvió en la misión de Paz de la ONU en Bosnia Herzegovina y recibió la Medalla por la Paz en 1995. En 2011 fue galardonado con el Diploma Honorífico a la Divulgación de la Historia y la Cultura de la ciudad de Estambul concedido por la Asociación de Comerciantes Suyad Sultanahmet Onur Belgesi de Estambul. En 2013 recibió la Gran Cruz al mérito distinguido de la asociación Duque de Ahumada. Es miembro de la Sociedad Española de Bizantinística, de la Sociedad Española de Iranología, de la Sociedad Española de Estudios Neogriegos y de ASEHISMI: Asociación Española de Historia Militar y ha impartido y ofrecido clases, conferencias y ponencias en universidades e instituciones tales como las universidades de Granada, Almería, Oporto, Lund, Teherán, Alcalá de Henares, Autónoma de Barcelona, Murcia, La Real Academia de la Historia, La Academia Militar General, el MADOC o La Base Aérea de Armilla. Ha sido redactor y voz de programas de radio, comisario de exposiciones. Asimismo, es socio del Centro Artístico, Literario y Científico de Granada. Actualmente participa en varios proyectos de investigación e imparte clases.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS



Agradecimientos

Prólogo

Introducción

Capítulo 1 Nacido a la sombra de los jinetes del Apocalipsis

Capítulo 2 Cinco reyes y una reina

Capítulo 3 Un mundo peligroso

Capítulo 4 El rayo que galopa

Capítulo 5 La vengadora espada

Capítulo 6 El dragón en el trono

Capítulo 7 *Tyranus*

Capítulo 8 El juicio de la lanza

Capítulo 9 A golpes de hacha

Epílogo triunfal para un rey muerto

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA

INTRODUCCIÓN

Hoy, pocos especialistas dudan del carácter de «fundador» de Leovigildo. Con él arranca, ciertamente, la historia del reino visigodo de Toletum (Toledo) y concluye la larga etapa de caos, zozobra y disolución emprendida por la monarquía visigoda en 507 en el ensangrentado Campus Bogladensis, actual Vouillé, en Francia, acentuada con la derrota y muerte de Amalarico en 531, asentada con la debacle sufrida por Agila en Corduba (Córdoba) en 551 y coronada con la guerra civil de 551-555 y con el regreso del Imperio romano a las tierras de Hispania en 552. Una penosa etapa que Atanagildo nunca logró cerrar y que solo la implacable energía de Leovigildo transformó en las aceras bases de algo nuevo: un reino centralizado y poderoso cuyo principal centro de poder no estaba ya en Narbona y las Galias, en donde, mal que le pese a muchos, se mantuvo hasta 531 y con tal fuerza que, hasta 567, aún pudo disputarle a la parte hispánica la primacía, sino en Toledo e Hispania.

Hispania pasó, pues, a primer plano con Leovigildo. Una Hispania que el gran rey conoció mejor que ninguno de sus antecesores y en mayor grado que cualquiera de sus sucesores.¹⁵ Porque Leovigildo la recorrió casi por completo en sus belicosas cabalgadas y en sus continuos viajes que lo llevaron desde Narbona a Toledo, a Baza y Málaga, a Córdoba y Medina Sidonia, a Mérida y Sevilla, a Braga y Vitoria... Fatigando serranías, mesetas y valles a través de lo que hoy son Castilla-La Mancha y Extremadura, Andalucía y Aragón, Cataluña y País Vasco, Madrid y Castilla y León, Galicia y Portugal, Cantabria y La Rioja... Por lo que pudo hacerse así una idea precisa de la extensión, variedad, recursos, problemas y carácter de las tierras y gentes que gobernaba.

Sin embargo, la biografía de Leovigildo no sería inteligible si no se viera acompañada por la historia de su mundo y de su época. Fue una época de soberanos poderosos y extraordinarios

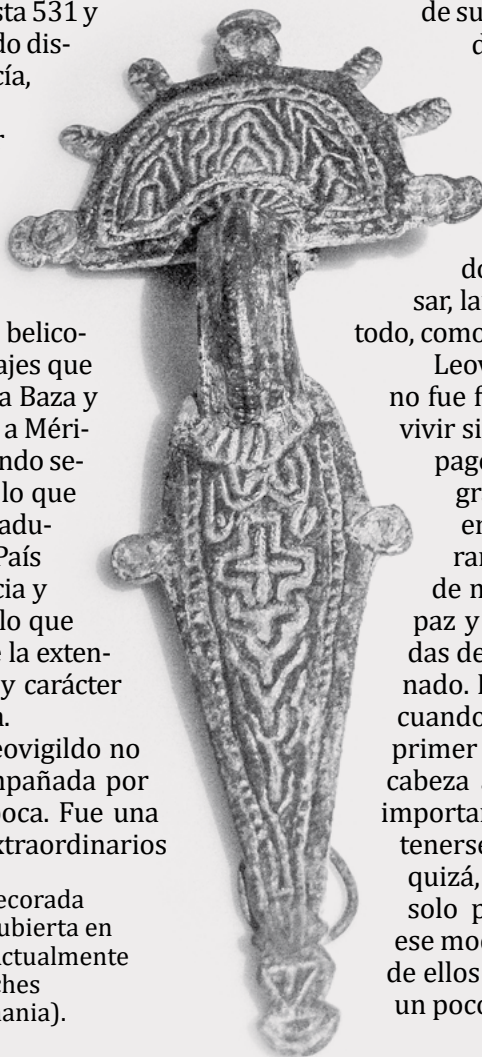
Fíbula visigoda de bronce ricamente decorada con motivos abstractos grabados, descubierta en Castiltierra y datada hacia el siglo VI. Actualmente se encuentra expuesta en el Germanisches Nationalmuseum de Núremberg (Alemania).

© Wolfgang Sauber.

y de reinas no menos poderosas y excepcionales, cuyos nombres han quedado fuertemente ligados a los de Leovigildo: Gosvinta, Baddo, Brunequilda, Fredegunda, Ingunda, Gontrán, Chilperico, Sigeberto, Miro... Fue también una época de eruditos y santos: Masona de Mérida, Leandro e Isidoro de Sevilla, Juan de Bicláro, el abad Donato, Fulgencio de Écija, Martín de Braga, Vicente de Zaragoza, Florentina de Cartagena, san Millán... Con todos ellos y ellas, de una manera u otra, Leovigildo combatió, firmó alianzas, perpetró traiciones, armó conspiraciones, mantuvo debates y desencuentros religiosos, los envió al exilio o les extendió su protección. Su mundo, el mundo de Leovigildo, fue violento y peligroso, como también lo fueron su cama y su casa. Fue allí, en el lecho conyugal y en el seno de su familia, donde sostuvo las luchas más duras y donde halló los desengaños y traiciones más profundas.

Quizá por todo ello, la historia de Leovigildo es, en última instancia, el relato de cómo se puede triunfar como rey, como general, como político, en suma, en el mundo; y de cómo, al tiempo, se puede fracasar, lamentablemente, como esposo y, sobre todo, como padre, en suma, como ser humano.

Leovigildo fue un superviviente. Su vida no fue fácil; su mundo no fue amable. Sobrevivir siempre exige un precio y Leovigildo lo pagó con creces. Su supervivencia no fue gratuita ni vacía: creó un gran reino y en ese reino muchos que antes hubieran perecido, tuvieron la oportunidad de medrar bajo un nuevo orden donde la paz y la ley fueron más manifiestas y sólidas de lo que lo habían sido antes de su reinado. Pese a todo ello, no puedo evitar que, cuando evaluó la existencia del gran rey, del primer «rey de los hispanos», me venga a la cabeza aquella frase de George Orwell: «Lo importante no es mantenerse vivo, sino mantenerse humano». Puede que así sea, pero, quizá, Leovigildo y su implacable mundo solo pudieron permitirse sobrevivir y, de ese modo, ofrecer a los que vinieron después de ellos la oportunidad de poder vivir siendo un poco más humanos.



CAPÍTULO 1

NACIDO A LA SOMBRA DE LOS JINETES DEL APOCALIPSIS

Ciertamente, la tierra de Hispania tenía sed y hambre en los días de Leovigildo y a veces de forma tan acuciante como durante los cinco años que median entre 580 y 584. Y es que el contemporáneo Gregorio de Tours narra que en 582 los embajadores del rey de Neustria que regresaban de entrevistarse con Leovigildo contaban, asombrados, cómo la tierra hispana perecía bajo el avance implacable de una inmensa nube de langostas que cubría cielo y tierra en una extensión de ciento cincuenta por cien millas –225 por 150 km, aproximadamente–, que asoló por completo la Carpetania, esto es, las regiones en torno al valle del curso medio del Tajo. No solo la plaga de langosta afligía al reino visigodo, al tiempo, Hispania estaba siendo azotada por una durísima sequía agravada por destructoras lluvias torrenciales, a menudo de granizo, por heladas inclementes y, como fatal corolario, por una epidemia de peste que se extendió por toda la Península y alcanzó la Septimania, esto es, el sudeste de la actual Francia.⁸ Gregorio de Tours nos detalla que la calamitosa situación continuó durante los siguientes cinco años, pues la nube de langostas cayó sobre otras provincias y el clima entró en una suerte de enloquecido caos con heladas en pleno verano que se alternaban con periodos inusualmente cálidos en invierno: «Las rosas florecieron en enero –relata, asombrado, el cronista y también–: [...] los frutales dieron fruto en julio y, de nuevo, en septiembre». Las consecuencias de tan errático vaivén climático fueron la pérdida de cosechas, el agostamiento de viñedos, olivares y frutales y la masiva muerte de ganado, al verse debilitado por la falta de forraje y ser así presa fácil de enfermedades. Tal panorama extendió una hambruna desalentadora que la aparición de auroras boreales, un fenómeno muy poco habitual en las latitudes del sur, y de una súbita, breve y potente actividad solar conformaron un escenario apocalíptico que llevaba a las gentes a creer que el fin de los tiempos se acercaba o, al menos, que Dios los castigaba sin piedad para llevarlos a la desesperanza, la locura y la impiedad:

Los hombres, enojados con Dios, abrieron las cercas que resguardaban las viñas y dejaron pacer en ellas a los ganados y a las acémilas, profiriendo imprecaciones y gritando: «Nunca jamás nazca en estas viñas sarmiento alguno».⁹

Sí, en la Hispania de los días de Leovigildo parecía que los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgaban sin descanso: muerte, hambre, guerra y peste. Esta última hizo su primera devastadora aparición en 541, cuando Leovigildo apenas era un niño, y se llevó por delante a casi un tercio del total de la población. Regresó hasta en tres ocasiones a lo largo de su vida, tal y como registran el ya citado Gregorio de Tours y multitud de otros autores contemporáneos como Mario Aventicensis, Evagrio Escolástico o Procopio.¹⁰ En Hispania, la Galia e Italia, la peste fue especialmente virulenta en 541-543, 565-566, 570 y 579-584,¹¹ de modo que Leovigildo se vio acompañado desde su más tierna infancia hasta su muerte por la pandemia más terrible que jamás haya padecido la humanidad. ¿Podemos imaginar lo que suponía que una plaga eliminara en cuestión de semanas a una de cada tres personas de nuestro entorno? ¿Podemos comprender el nivel de pánico y desolación que ello significaba? ¿Podemos comprender cómo condicionó la aterradora y continua presencia de la peste a Leovigildo y sus contemporáneos? Creo que difícilmente. Sobre todo, si recordamos que en 2020-2021, durante la pandemia de Covid-19 que paralizó nuestro mundo, el porcentaje de víctimas mortales no llegó ni al 0,2 por ciento del total de la población. Esto es, cada uno de los brotes de peste bubónica que padecieron Leovigildo y sus contemporáneos fue ciento cincuenta veces más mortífero que la pandemia que acabamos de experimentar nosotros.¹²

Súmese a todo lo anterior el casi continuo estado de guerra en el que vivieron los habitantes de Hispania durante buena parte del siglo VI y se entenderá que la alegoría de los cuatro jinetes del Apocalipsis no es, en modo alguno, una exageración retórica, sino una proyección simbólica de una sobrecogedora y cotidiana realidad existencial. En efecto, durante los cincuenta años que median entre 536, fecha aproximada del nacimiento de Leovigildo, y su muerte en 586, los godos, y por extensión Hispania, vivieron casi permanentemente en guerra: contra los francos, contra los suevos, contra los romanos de oriente, contra los vascones, contra los «Estados indígenas» de Corduba (Córdoba), de los arengenses, de la Oróspeda, de Sabaria y de Cantabria y entre los propios godos que se desgarraban en devastadoras guerras civiles. De hecho, durante los dieciocho años en los que Leovigildo reinó, 569-586, solo hubo dos que transcurrieran sin guerra, 569 y 578.

CAPÍTULO 2

CINCO REYES Y UNA REINA

¿Cuándo fue designado como corregente Leovigildo y cuándo se presentó en Toletum para casarse con Gosvinta e iniciar realmente su gobierno en Hispania? San Isidoro nos dice que su nombramiento como rey para Hispania tuvo lugar en el segundo año de reinado de su hermano.²³ Puesto que sabemos que este último fue proclamado rey en Narbona en noviembre o diciembre de 567, eso nos lleva a una fecha posterior a noviembre de 568. Data que puede confirmarse con Juan de Biclario, que sitúa el nombramiento de Leovigildo como corregente de su hermano para Hispania en el tercer año de Justino II,²⁴ que fue coronado agosto en noviembre de 565 y celebró su primer consulado el 1 de enero de 566,²⁵ por lo que su tercer año se extiende hasta finales de noviembre de 568 o, si se prefiere la forma arcaizante, tan del gusto del Biclarense, y contando a partir de su consulado, hasta



enero de 569. De hecho, el reinado de Leovigildo, como muy pronto y de forma efectiva, comenzaría en las primeras semanas de 569.

¿Cómo fue el encuentro entre Leovigildo y Gosvinta? Nada sabemos por las fuentes. Podemos colegir, teniendo en cuenta el carácter, la personalidad que de las posteriores acciones de los contrayentes se infiere, que fue el encuentro de dos personas dominantes, duras, implacables. No hubo pues calidez entre aquella pareja que solo se casaba con y por el poder. Súmese a lo anterior que ambos se hicieron famosos por su tendencia a la ira y a la violencia desatadas. A Leovigildo nunca le tembló la mano a la hora de dispensar muerte y, ya llegaremos a eso, es probable que ordenara, o al menos permitiera, la ejecución de su primogénito, Hermenegildo. De hecho, su fama de hombre iracundo y homicida fue tal que el historiador longobardo Pablo Diácono lo presenta matando a hachazos a su propio hijo.²⁶ En cuanto a Gosvinta, su ira era incontenible, o al menos así la presenta el contemporáneo Gregorio de Tours. Una furia feroz que no se detenía ni ante la propia sangre. Así, al discutir con su nieta Ingunda a propósito de la conversión de la niña al arrianismo, agarró a la muchacha por los cabellos, la tiró con violencia al suelo, contra el que golpeó su rostro, la pateó hasta dejarla aturdida y cubierta de sangre y, por último, le arrancó la ropa y la arrastró desnuda y ensangrentada hasta la piscina bautismal, a cuyo interior la arrojó.²⁷

Violentas y maduras. Pues se trataba además de dos personas que pasaban de los 30 años. De hecho, es probable que Gosvinta fuera de la misma edad, aproximadamente, que Leovigildo y que, por ende, su nacimiento se situara, como muy tarde, hacia 536. Pues su matrimonio con Atanagildo, al que dio dos hijas que eran casaderas hacia 567, no pudo contraerse más tarde de 551-552, ya que la edad habitual para establecer matrimonios en aquella época, y entre linajes nobles o regios, oscilaba entre los 12 y los 15 años por lo común, lo que nos lleva a pensar que Gosvinta se casó hacia 550 y que, para entonces, tendría unos 14 o 15 años, como mucho.²⁸

Casco tipo *spangenhelm* datado hacia el s. VI, descubierto posiblemente en el norte de Italia o, quizá, en Constantinopla. Este tipo de elementos defensivos tornaron ubicuos en los distintos ejércitos del mundo romano en este periodo. Kunsthistorisches Museum, Viena. © David Monniaux.

CAPÍTULO 4

EL RAYO QUE GALOPA

A Leovigildo le tuvo que costar bastante mantenerse con vida en Toletum durante su primer año como rey de los visigodos de Hispania. Nada sabemos de sus primeros dieciocho meses de reinado, pero su «anormal» inactividad bélica, sobre todo si se tiene en cuenta su posterior proceder, y la rotunda declaración de Gregorio de Tours de que el rey de los hispanos «Mató a todos los que acostumbraban a asesinar a los reyes [...]»¹ parece apuntar a que esos meses fueron tiempos de conjuras abortadas, de purgas brutales y de continuas tensiones internas con los poderosos nobles que habían medrado bajo el gobierno de Atanagildo. Algo que san Isidoro también parece sugerir:²

Y es que, como ya vimos, Leovigildo no contaba al principio con más partido en Toletum que el que pudiera formar con su propia comitiva armada, mientras que, a su lado, inquietante, y quizá enfrente, tenía a la poderosa facción encabezada por Gosvinta. Pero, de algún modo, Leovigildo logró sobrevivir y afianzarse en el trono. ¿Aunque por cuanto tiempo podría seguir lográndolo? No por mucho. A no ser que se convirtiera en lo único que consolidaba realmente a un monarca bárbaro del periodo: en un dador de gloria guerrera, victorias y riqueza.

En Toletum, a principios del verano de 570 Leovigildo ya debía de tener la confirmación de que, en África, por segundo año consecutivo, Garmul, rey de Altava, estaba en guerra contra los romanos y de que estos últimos enviaban contra él al *magister militum* Teoctisto en cabeza del ejército *comitatense* de África.³ Las nuevas que le llegaban de la Galia e Italia eran también macabramente alentadoras: Alboino, soberano de los longobardos y señor de la guerra de un sinfín de bárbaras bandas guerreras, seguía asolando salvajemente el valle del Po tras haber tomado Mediolanum (Milán) en septiembre de 569. Una victoria tan formidable que el rey longobardo empezó a contar sus años como *rex italiae* a partir de ella. A continuación, Alboino centró sus esfuerzos en asediar la formidable Ticino (Pavía) y en soltar, como si fueran los perros de la guerra, a sus anárquicos y belicosos duques para que talaran brutalmente no solo los campos del norte y centro de Italia, sino también para que traspusieran los Alpes y cayeran sobre las tierras de Gontrán de Borgoña.⁴ El soberano franco que, además de lidiar con esos destructores grupos de salteadores longobardos y sajones, debía encajar los inmisericordes golpes que la peste bubónica propinaba ese año a su reino de Borgoña y al vecino de Austrasia.⁵ Leovigildo tuvo que esbozar una lobuna sonrisa al escuchar todas y cada una de esas noticias. Y es que los francos seguían enfrascados en sus propias desdichas y problemas y el Occidente romano,



Cancel de mármol de la basílica visigoda de San Vicente de Córdoba, ss. V-VI, Museo de San Clemente de la mezquita-catedral de Córdoba. Sobre la basílica, más tarde se erigió la archiconocida mezquita de la ciudad, a partir de los años 780-785. © Ángel M. Felicísimo.

África e Italia, seguía siendo incendiado por longobardos y moros y Leovigildo se disponía a empuñar otra antorcha para contribuir a la quema.

¿A qué se enfrentaría si atacaba a los romanos de Spania? Bien, ya vimos que entre 552 y 555 Justiniano había enviado dos contingentes militares a Spania: el primero para apoyar a Atanagildo en su rebelión contra Agila I y el segundo para recordarle al propio Atanagildo que su acuerdo con el imperio seguía vigente pese a que ahora fuera el único rey de los visigodos.⁶ La nueva provincia romana en el lejano Occidente quedó al cabo constituida con rango de ducado, uno de los veintisiete con los que contaba el imperio hacia 570, de los que diez estaban en Occidente: Tripolitania, Bizacena, Numidia, Rávena, Liguria, Roma, Neapolis, Mauritania, Sardiniae y Spania. Cada uno de esos ducados tenía a su cabeza un *dux* asistido por un estado mayor conformado por unos cuarenta y dos oficiales y que mandaba sobre un promedio de dos mil quinientos efectivos.

CAPÍTULO 5

LA VENGADORA ESPADA

Y es que Leovigildo no solo era un guerrero brutal y hábil, amén de un excelente estratega y táctico, también era un político capaz de entender la utilidad de los símbolos y de los títulos, en suma, de la esencia de la legitimación del poder. Isidoro, que como buen teólogo conocía bien la poderosa fuerza del símbolo, nos lo señala al informarnos de que Leovigildo fue el primero de los reyes godos en adoptar las vestiduras e insignias del poder y el primero en mostrarse a los suyos sentado en un trono: «Pues antes de él, hábito y asiento eran comunes a reyes y pueblo».¹³

Sin embargo, para un hombre como Leovigildo, lo común, lo que podían ostentar otros no bastaba, porque su fe, su ser, su esencia misma era la del que se empeña en distinguirse para significar que solo él está investido del verdadero poder y con él, del imperio de una voluntad que solo tiene un propósito y un destino: imponerse.

Ahora bien, para cumplir ese «destino», para hacer imperar su voluntad de hierro, el rey de los hispanos también debía acumular ambición y violencia. Sí, y también ensoñación. Un soñador que sabía transformar sus sueños en realidades tangibles y perdurables. Su gran anhelo, su ensoñación más querida, fue la recreación de Constantinopla en Toledo,¹⁴ puesto que es ahora, y no con Atanagildo, cuando Toletum se convirtió realmente en *urbs regia*.¹⁵ Y es ahora cuando palacio y ceremonial cortesano reflejan, con actualizada minuciosidad, el Sacro Palacio y las ceremonias constantinopolitanas. Y he dicho «actualizada minuciosidad» porque

Botella de cerámica visigoda, ss. VII-VIII, Museo de Prehistoria de Valencia. © Joanbanjo.



Leovigildo se preocupó, y mucho, por conocer al detalle las ceremonias imperiales que se celebraban en la contemporánea Constantinopla de Justino II. Al extremo de que es en su tiempo, el de Leovigildo, cuando se recepcionó en Toletum el texto del *Panegírico a Justino II*, declamado por el poeta africano Flavio Cresconio Coripo ante Justino II y su corte el 1 de enero de 566 y en el que se describen con detalle ceremonias como la coronación

imperial, los funerales imperiales, la celebración del consulado, la recepción de embajadores extranjeros o la etiqueta debida en los banquetes imperiales.¹⁶

Sin embargo, aunque Leovigildo soñaba con emular a un emperador romano, no olvidaba que, en realidad, era rey en la belicosa Hispania y, aunque sus campañas en el sur habían devuelto la primacía a las armas godas ante las romanas y habían sometido a la poderosa Corduba, y aunque en el nordeste había conquistado Sabaria, aún quedaban territorios que ignoraban la soberanía del rey de los hispanos y, como dejando de lado al reino suevo, la región más extensa que desafiaba el dominio de Leovigildo era Cantabria, hacia ella dirigió su mirada el monarca guerrero en 574.

Juan de Bícclaro, en su segunda entrada para el año 574, nos dice: «His diebus Liuuigildus Rex Cantabriam ingressus provinnoctiae pervasores interficit, Amaiam occupat, opea eorum pervadit et provinciam in suam revocat dicionem».¹⁷ Lo que puede traducirse como: «en estos días, el rey Leovigildo, habiendo entrado en Cantabria, mata a los usurpadores del país, toma Amaia, se apodera de sus riquezas y somete la Provincia».

CAPÍTULO 7

TYRANUS

¿Qué nos queda? Pues nos queda hacernos una pregunta: ¿qué podía hacer Leovigildo contra Gosvinta aunque tuviera pleno conocimiento de su participación en la rebelión? Podría haberse revuelto contra ella. Haberla privado de libertad, haberla exiliado, haberla ejecutado discretamente... Sí, podría haber hecho algo de eso, pero hay que recordar que Gosvinta no solo era una simple reina consorte, sino una mujer que contaba con su propia facción: «Nam eodem anno filius eius Hermenegildos factione Gosuinthae reginae Tyranidem assumens».⁶⁵ Eso, recordémoslo, es lo que dice Juan de Biclario y el Biclarense no era un cualquiera, sino un hombre informado y que los conoció a los dos personalmente: a Leovigildo y a Gosvinta. Juan de Biclario era un noble goda, un eclesiástico culto, un hombre que había cruzado el Mediterráneo de punta a punta y pasado años enteros en Constantinopla. Un hombre así sabe muy bien lo que es una facción y lo que su existencia implica en un juego de poder tan complejo y brutal como el que en 579 Gosvinta y Hermenegildo jugaron contra Leovigildo.

No hay duda: Gosvinta contaba con el apoyo de poderosos nobles y, con ellos, de hombres de guerra. De modo que un ataque de Leovigildo a la posición de Gosvinta implicaba, o al menos podía implicar, el desencadenamiento de un «segundo frente». Es decir, que se podría añadir una segunda guerra civil en Toletum a la que ya se planteaba desde Hispalis y Leovigildo no podía permitirse tal cosa. Pues, aunque Leovigildo se había engrandecido y fortalecido mucho, mientras Gosvinta mantuviera las apariencias, y las mantuvo, era mejor seguir contando con su soterrada hostilidad que con su explícita declaración de guerra. Dicho de modo más claro: Leovigildo tuvo que cerrar los ojos ante la traición de su peligrosa esposa. En efecto y, por eso, exactamente por la misma razón, Gosvinta no fue más allá de incitar a Hermenegildo a la rebelión y de promover entre la nobleza del sur el apoyo a su causa. Y es que debe recordarse una vez más que fue precisamente en Hispalis donde Gosvinta y su primer esposo, Atanagildo, tuvieron su base de poder cuando se alzaron contra Agila en 551.⁶⁶

Así que Hispalis era una plaza que debía de estar muy vinculada a Gosvinta y, por tanto, el apresurado envió a la ciudad del Betis de Hermenegildo e Ingunda

o bien pudo ser un error fatal de Leovigildo o una jugada maestra de Gosvinta, cuyas violentas desavenencias con su nieta Ingunda quizá fueran la excusa perfecta para justificar que la joven pareja quedara asentada en una ciudad y una región en la que podrían contar con el apoyo de una nobleza que mantenía fuertes lazos con ella. Pero es que, además, como se vio más arriba y como veremos de nuevo, Leovigildo prefirió contestar a la intriga con intriga y a la crueldad con crueldad; buscó de inmediato la alianza con Chilperico, el peor enemigo del linaje de Gosvinta, para contrarrestar los movimientos diplomáticos de la reina y de Hermenegildo.

En suma, creo que Leovigildo se vio obligado a transigir con Gosvinta. Creo que la corte de Toletum se tornó en 580 en un lugar frío, afilado, peligroso en el que Gosvinta y Leovigildo se vigilaron, se acecharon, se intimidaron mutuamente... Pero, al cabo, pasada la primera ola de la tormenta, cuando quedó claro que Leovigildo se impondría, Gosvinta abandonó a Hermenegildo y se mantuvo en una posición de ambigua espera hasta la muerte del gran rey. Momento en que, ya lo veremos, volvió a colocarse en la primera línea de la política visigoda e internacional.

¿Y qué pasó con Recaredo? ¿Cómo vivió la rebelión, primero, y después abierta sublevación de su hermano mayor? Por paradójico y duro que sea lo que voy a escribir, creo que para Recaredo fueron buenos tiempos: ¿acaso no lo son para todo hijo fiel cuando queda manifiesta la traición del otro, del hermano mayor que pretendía opacarlo? Hermenegildo y Recaredo habían sido promovidos a la vez a la condición de *consortes regni* en 573 y los hechos que acontecieron desde entonces apuntan a que las relaciones entre hermanos no eran buenas o, al menos, que eran lo suficientemente tirantes como para exigir que su padre tuviera especial tacto a la hora de favorecer a uno o a otro. Si tenemos lo anterior en cuenta, comprenderemos que, para Recaredo, la sublevación de su hermano fue la noticia que más deseaba recibir, ya que no era sino la confirmación de que él era ahora, desde ese preciso momento, el único heredero de su padre. Recaredo ya no tendría que compartir el poder con su hermano y, lo que era más tranquilizador aún, ya no tendría que temer que su padre terminara optando por Hermenegildo como su heredero principal o único.



Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

